

Percepción del rol masculino: un estudio cualitativo en una muestra de adolescentes varones

LIDIA ALCALAY S.*
ROBERTO GONZALEZ G.**
ALEJANDRO REINOSO M.***
PAULA LIZANA C.****

Resumen

Este artículo presenta los resultados de una investigación cualitativa cuyo objetivo fue conocer la percepción, valoración y expectativas del rol sexual masculino que tiene una muestra de adolescentes varones pertenecientes a los estratos socioeconómicos medio-alto, medio y bajo de la Región Metropolitana. Los hallazgos se organizaron en función de las experiencias de los jóvenes en las siguientes áreas temáticas: a) la familia; b) el trabajo; c) las mujeres y las relaciones de pareja; y d) el uso del tiempo: aspectos satisfactorios e insatisfactorios.

Si bien se pudo apreciar que las percepciones y valoraciones en general concuerdan con el estereotipo del rol sexual masculino tradicional, también se pudo observar manifestaciones que dejan en evidencia el interés de los jóvenes por flexibilizar el rol masculino. Esto se hace particularmente evidente en aquellos aspectos vinculados a la experiencia afectiva así como también a la definición del rol proveedor.

Abstract

A qualitative study to assess sexual role perceptions, valuations and expectations in male adolescents was designed. A sample of male adolescents from three socioeconomic groups from the Región Metropolitana was selected for the study. The results were organized around the following areas: a) family; b) work; c) women and couple relations; and d) time distribution: satisfactory and unsatisfactory aspects.

The adolescents perceptions and valuations were in accordance with the traditional male sexual role stereotype. However, there were signs of the subjects' need for a greater flexibilization of the male sexual role. This became particularly clear with respect to those aspects related to the affective experience, as well as with the definition of the economic provider's role.

INTRODUCCION

Durante la segunda mitad del siglo XX ha surgido un creciente interés por comprender y explicar la diferenciación que históricamente ha existido entre los roles sexuales. Estas diferencias se

han sustentado, en gran medida, en una atribución de connaturalidad de los diversos comportamientos a factores biológicos, minimizando, de esta manera, la importancia que tienen la socialización y la endoculturación en la adquisición de los roles sexuales.

* Psicóloga (MA). Profesora Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile. Dirección: Vicuña Mackenna 4860, Santiago-Chile, Fax: 56-2-5533092. E-mail: lalcalay@lascar.puc.cl

** Psicólogo. Profesor Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile. Dirección: Vicuña Mackenna 4860, Santiago-Chile, Fax: 56-2-5533092. E-mail: rgonzale@lascar.puc.cl

*** Psicólogo. Jefe Sección Estudios Sociales, Instituto Nacional de la Juventud. Dirección: Fañor Velasco 26, Santiago-Chile, Fax: 56-2-6973688.

**** Psicóloga. Administradora de Industria de Polímeros Ltda. Dirección: Libertad 1171, Santiago-Chile, Fax: 56-2-6813274.

A la base de esta concepción se encuentran los estereotipos sexuales, entendidos éstos como categorizaciones rígidas, simplistas y estructuradas de las visiones de hombre y mujer, que generalmente clasifican los aspectos expresivos e instrumentales de la conducta humana en polos opuestos, dicotomizados y complementarios. Esta dicotomía asigna al hombre un rol instrumental, centrándolo esencialmente en el dominio del mundo exterior y en la esfera pública, excluyéndolo del dominio del hogar, del cuidado de los hijos y de la vida familiar en general (Olivier, 1987). Es así como al hombre se le exige que sea el proveedor económico del sistema familiar, que tenga una orientación predominantemente cognitiva, que sea capaz de resolver problemas y que sea autónomo, asertivo, dominante e inhibido en sus emociones.

Por su parte, el rol asignado tradicionalmente a la mujer ha sido ante todo de tipo expresivo, lo cual implica una orientación hacia la protección, crianza y apoyo de los hijos y al cuidado de los otros, así como a la dependencia, la sensibilidad, intuición y sumisión. De esta forma se promueve la inclusión de la mujer en la familia y el hogar, excluyéndola de manera significativa del dominio público (Parsons & Bales, 1955; Bem, 1974).

La atribución y mantención estereotipada de estos roles ha dificultado el desarrollo de una parte importante de las potencialidades humanas, ya que ha impedido que los hombres desarrollen e integren en su funcionamiento psicológico y social los aspectos del rol expresivo, obstaculizando, al mismo tiempo, la integración del rol instrumental en las mujeres.

Un planteamiento alternativo, que entrega una mirada y proyecciones diferentes a las tradicionales, proviene de estudios realizados tanto en el campo de la psicología del género como de la antropología. Estos invitan a reflexionar en profundidad acerca de los aspectos sociointeractivos en la formación de la identidad sexual. Destacan también las desventajas que tienen los estereotipos para ambos sexos y el importante peso que tiene la transmisión cultural de conceptos masculinizantes, es decir, las abstracciones que se formulan desde la óptica patriarcal. Tales conceptos, que giran en torno al poder, razón, éxito y dominio, entre otros, se expresan en todos los ámbitos humanos: familia, trabajo, pareja, con los pares y consigo mismo (Bandura, 1984; Moreno, 1986; Fromm, 1985; Delamont, 1980; Gilligan, 1982; Pleck, 1976).

En particular, las características psicosociales tradicionalmente prescritas al hombre por su rol instrumental inhiben su capacidad para sentir y

expresar libremente sus emociones, coartando así su desarrollo integral como persona, con consecuencias negativas para su salud mental (Miller, 1978). Esta negación de la afectividad se acentúa en la medida en que las emociones se asocian rígidamente con el rol femenino, evitando reconocerlas en sí mismos por considerarlas como signos de debilidad.

Llama la atención el hecho que muchos de los roles sociales prescritos a los hombres no han sufrido modificaciones sustantivas en el último tiempo —especialmente en lo que respecta al rol proveedor y al mundo afectivo— a pesar de los acelerados cambios sociales de las últimas décadas y de las importantes modificaciones que se han ido produciendo en los roles femeninos, al ocupar la mujer espacios laborales, políticos y otros (Bell, 1987; Pleck, 1976).

De acuerdo a Vílchez (1992), las respuestas de los varones ante los cambios que han experimentado las mujeres, han sido variadas. Por una parte, muchos experimentan miedo a perder sus privilegios y la posición de poder social; el resultado de ello es una rigidización de sus características masculinas, es decir, se escudan en el bastión del machismo. Otros, en cambio, se pseudoadaptan a los nuevos tiempos, cuidando su apariencia social en una imagen de progresismo igualitario; sin embargo, en el mundo privado se encuentran íntimamente atrapados a consecuencia de la socialización sexista. Por último, existe una minoría que paulatinamente ha comenzado a cultivar el reconocimiento de su propia experiencia, a desarrollar su sensibilidad al sexismo, tanto en la intimidad como en las situaciones sociales, tratando de aprender de las mujeres y asumiendo, lo mejor posible, los cambios en la vida cotidiana (Covarrubias, Muñoz & Reyes, 1989).

En este contexto, una pregunta atingente que surge, entonces, es: ¿Cuál es la forma más adecuada de ser varón? La respuesta, evidentemente, no es fácil ni simple. Una respuesta única a esta interrogante supondría detentar una verdad respecto a la naturaleza del género, que haría sospechar en una ideología cuyos fundamentos se asocian a una posición que permite juzgar con certeza qué es lo bueno y lo malo de "ser hombre".

Una exploración más exhaustiva de la masculinidad, en cambio, nos demuestra que existen múltiples formas de ser hombre, desmitificando perfiles ideales o prototipos en todas las dimensiones (cogniciones, afectos y acciones), así como en los múltiples ámbitos de la interacción social (familia, pareja, trabajo, dominio público y privado, entre otros). Esto no implica una postura

de escepticismo anómico, respecto de la constatación y proposición de modalidades que pueden ser más satisfactorias en la forma de existir como hombre, sino una llamada de atención ante las tentadoras rigidizaciones que disminuyen nuestra incertidumbre y que nos permiten asirnos a los tramposos "deber ser".

Es por ello que, en una primera aproximación a una respuesta a la pregunta enunciada anteriormente, se podría afirmar que una meta deseable para el rol masculino sería la adquisición de una identidad, que permita al individuo insertarse y vivir en conformidad con las demandas psico-sociales internas y externas propias del momento de su ciclo vital, en sus diversas áreas (afectiva, social, biológica, cognitiva, moral y espiritual); en otras palabras, que desarrolle aspectos tanto del rol expresivo como del rol instrumental.

Para ello es importante que los individuos tengan la posibilidad de integrar estos aspectos durante el proceso de adquisición de la propia identidad, particularmente en lo que respecta a la identidad de género, siendo la adolescencia uno de los momentos claves del ciclo vital en el que ésta se afianza. En este período se producen cambios en la maduración biológica, la estructura cognitiva, en las interacciones con el grupo familiar y en las relaciones interpersonales (especialmente heterosexuales). Todo esto deriva en una reformulación de la imagen de sí mismo, incluyendo un replanteamiento respecto del rol sexual, los valores y las proyecciones a futuro en diversas áreas (vocacional, ocupacional, sexual, de pareja, familiar).

En este sentido, la adolescencia constituye un período crucial en el cual se pueden realizar esfuerzos para flexibilizar el rol masculino, ampliando el rango de opciones y estilos de vida para los hombres. Para ello es necesario, primero, comprender cómo perciben los adolescentes su rol sexual, tanto en el presente como en el futuro y, luego, a partir de esta información, elaborar estrategias de intervención orientadas a promover mayor libertad en la construcción de un proyecto de vida personal, al plantear una mayor cantidad de opciones, favoreciendo, de esta manera, una mejor calidad de vida para los hombres.

La identidad sexual genera, por tanto, una condición existencial que va más allá de la derivación de los cambios biológicos y de las dinámicas de percepciones recíprocas entre hombres y mujeres desarrolladas en la cultura, todo lo cual hace prioritario identificar las ideologías que operan en la masculinidad y su participación en la génesis, mantención y cambio respecto de las maneras existentes de ser varón. Sin embargo, la

mayoría de los estudios relacionados con adolescencia incorpora al género solamente como una de las tantas variables que inciden en la formación de la identidad personal, lo que minimiza y sectoriza su importancia.

En este contexto, y frente a la notoria escasez de un cuerpo de conocimientos acumulados en este campo, el presente trabajo, atendiendo a la necesidad de comprender y analizar la dinámica de la adolescencia en la perspectiva del género, se planteó como objetivo conocer la percepción, valoración y expectativas del rol masculino en una muestra de adolescentes varones, en los ámbitos laboral, familiar, de pareja y en la forma en que organizan su tiempo (González, Lizana & Reinoso, 1992).

METODOLOGIA

Para el logro del objetivo planteado se empleó una metodología cualitativa, basada en un diseño de investigación flexible. Este diseño de tipo descriptivo-exploratorio incluyó la aplicación de una técnica mixta de trabajo grupal a una muestra intencional de 30 adolescentes varones de segundo y tercer año de enseñanza media de la Región Metropolitana, estratificada en tres niveles socio-económicos: medio-alto, medio y bajo (10 sujetos por estrato). Los criterios que se utilizaron para la estratificación fueron el nivel educacional y ocupacional de los padres (Alliende, Condemarin & Milicic, 1987).

En las sesiones grupales se utilizaron técnicas de entrevista abierta, imaginación, técnicas proyectivas, juegos de roles, discusiones en torno a un tema propuesto y materiales gráficos, musicales y audiovisuales. La diversidad de técnicas empleadas respondió a la necesidad de registrar la experiencia juvenil de ser varón en distintos contextos, así como a la de crear una instancia didáctica y atractiva para los jóvenes.

Se realizaron seis sesiones de trabajo con cada grupo. En cada una de ellas participaron dos facilitadores, quienes, por una parte, presentaron y dirigieron las actividades y, por otra, registraron los contenidos y los procesos interactivos. Las sesiones se grabaron en videocintas y casetes de audio.

La evaluación de cada una de estas sesiones fue realizada a través de un sistema de jueces expertos, quienes observaron las sesiones grupales grabadas. Posteriormente, se generaron inducciones y categorías analíticas para clasificar sistemáticamente la información. Este proceso incluyó la transcripción textual de los datos, con el

objeto de transmitir lo más fielmente posible la información entregada por los jóvenes. Esta manera de organizar la información permitió, asimismo, generar una base de datos a partir de la cual se seleccionaron los hallazgos más relevantes del estudio.

ANÁLISIS Y DISCUSIÓN DE RESULTADOS

Los resultados que a continuación se presentan han sido organizados según las principales áreas temáticas exploradas en la presente investigación: a) los jóvenes y la familia; b) los jóvenes y el trabajo; c) los jóvenes, las mujeres y las relaciones de pareja; y d) los jóvenes y el uso del tiempo: aspectos satisfactorios e insatisfactorios.

Se incluyen los hallazgos más relevantes en cada una de las áreas, consignando los aspectos comunes y diferenciales observados según nivel socioeconómico. Algunos de estos resultados se analizan a la luz de enfoques y teorías referidas a la temática del género, particularmente la del rol sexual masculino.

Los jóvenes y la familia

En relación a la percepción que tienen los jóvenes respecto de la familia, es posible identificar en todos los niveles socioeconómicos estudiados una carencia de espacios comunes para compartir experiencias y recrearse. Al respecto, los jóvenes explican que ello se debe en parte importante a que los padres están sobrepasados en sus labores: la madre está básicamente dedicada al quehacer doméstico y el padre está centrado en su trabajo, lo cual se traduce en una falta de tiempo y en una desmotivación para realizar actividades conjuntas y recreativas. Sin embargo, al mismo tiempo se aprecia que los mismos adolescentes no asumen un rol activo en la generación de estas instancias.

En la descripción que hacen de la interacción con la figura paterna no aparecen espacios de intimidad, así como tampoco iniciativas del padre para ayudarlos a satisfacer necesidades propias que surgen de situaciones problemáticas de la vida cotidiana como, por ejemplo, ayudarles a resolver sus tareas escolares o dificultades interaccionales con sus pares, entre otras. Es común encontrar que dichas necesidades son satisfechas por la madre (Gissi, 1987; Olivier, 1987).

La expresión afectiva de los jóvenes en la familia está diferenciada, según se trate del padre o la madre. La expresión de afecto verbal y no verbal es más frecuente con la madre y, a la vez, se

asocia con besos, abrazos y caricias en general, mientras que con el padre es ciertamente más distante y ligado a las actividades —cuando existe— de juego físico o al tradicional saludo de mano. De alguna manera, esto se relaciona con el concepto de homofobia planteado por Kaufman (1989): “el mantenimiento de la heterosexualidad en nuestra sociedad pasa por la homofobia, es decir, por crearnos a los varones una actitud fóbica, de rechazo, hacia los sentimientos afectivos o sexuales que podemos tener uno respecto de otro” (Vílchez, 1992, p. 78).

Llama la atención que los jóvenes de nivel medio-alto no reconozcan aspectos criticables de la figura paterna, idealizando a ésta como modelo de éxito a imitar en el dominio profesional, económico y público. Probablemente el *status* alcanzado y la posesión de bienes económicos está mediando la percepción que un padre idóneo es aquel que es exitoso en el trabajo y que, por tanto, provee adecuadamente a la familia. En esta percepción, sin embargo, no se observa una evaluación crítica del rol paterno en cuanto tal, es decir, en la calidad de las relaciones que los padres establecen con ellos como hijos. Es también posible pensar que esta dificultad para identificar aspectos deficitarios en sus padres puede estar asociada a un temor de reconocer que no necesariamente lo están haciendo bien como padres, con el consecuente dolor que ello implica.

Esto contrasta con la visión de los jóvenes de niveles medio y bajo, quienes se muestran abiertamente críticos frente a sus padres y, más aun, explicitan las dificultades que ellos visualizan en sus padres para cumplir adecuadamente el rol, no sólo desde la función proveedora sino como persona y como padre. Surgen sentimientos de tristeza y de rabia ante la ausencia del padre, lo cual puede asociarse a una falta de experiencias de encuentro afectivo de éste con sus hijos.

La visión de la familia a futuro aparece para los jóvenes de nivel medio-alto como una unidad, es decir, no se diferencian los subsistemas de pareja y filial, asociando a la madre-esposa con los hijos. Destaca el hecho que muchos de estos jóvenes explicitan como expectativas satisfactorias a futuro el establecimiento de relaciones significativas con su esposa e hijos; sin embargo, muy pocos se visualizan espontáneamente como padres realizando alguna actividad concreta con ellos, lo cual contrasta con el deseo general expuesto. Esto da cuenta de una contradicción en las expectativas respecto de la relación con los hijos: desean ser muy buenos padres pero no se autoperceben realizando actividades concretas con ellos.

Al verse como padres a futuro, los jóvenes de niveles medio y bajo se autoperciben dedicando más tiempo a los hijos, tal vez como una forma de compensar las carencias psicológicas actuales que experimentan con sus padres, presentes o ausentes. Identifican algunos temores y preocupaciones respecto de su eventual vida familiar: temor a caer en la rutina y el aburrimiento, a perder la jerarquía familiar y a ser engañados por sus esposas, entre otros. Estos hallazgos son convergentes con los planteamientos de autores tales como Bell (1987), Olivier (1987) y Ruitenbeek (1970), quienes refieren que muchos de estos temores y preocupaciones surgen de diversas fuentes: falta de entrenamiento en el rol paterno (a diferencia de la maternidad en las mujeres), altas exigencias prescritas a su rol proveedor, urgencia por ser exitoso como padre, junto con la desvinculación del goce en este rol.

En general, todos los jóvenes que participaron en el taller poseen una percepción del rol paterno que es concordante con el estereotipo tradicional. El padre es concebido como figura de autoridad, que desempeña principalmente el rol de proveedor económico de la familia, define el sistema normativo y toma las decisiones "importantes" en el hogar. Esto refleja la presencia actual de roles sexuales claramente diferenciados, como expresión del peso de la cultura machista (Bell, 1987; Covarrubias *et al.*, 1987; Gissi, 1987).

Esta percepción permite proyectar a futuro algunas consecuencias importantes. Es frecuente encontrar que aquellos hombres que se adscriben al estereotipo masculino "viven" sacrificando otros espacios psicológicos básicos para su desarrollo personal, tales como el espacio familiar, la recreación con los pares, con los hijos e, incluso, con ellos mismos. Es así como el hombre tradicional se ha acostumbrado a postergar su desarrollo personal en pos del "bienestar familiar" (Covarrubias *et al.*, 1987; Gissi, 1987).

En relación al rol materno, todos los jóvenes de la muestra tienen una percepción tradicional de éste, según el cual la madre debe dedicarse al cuidado de los hijos, a la entrega de afecto y a la administración del hogar. Suponen que, para un buen desempeño del rol, es necesario que se establezca una relación de confianza entre la madre y los hijos y que sólo así será posible que estos últimos sean ayudados en el proceso de desarrollo de sus vidas. La resolución de conflictos familiares está depositada en el rol de la mujer, y cuando interviene el padre, lo hace comúnmente en forma autoritaria (Gissi, 1987).

A partir de lo anterior se podría señalar que la valoración que hacen los jóvenes del modelo de

rol masculino que entrega el padre tiende a perpetuar la situación actual, reproduciendo el modelo de rol paterno tradicional predominante en la cultura. Si bien los estilos de comportamiento machista pueden ser criticados por los jóvenes (nivel medio) y evaluados como insatisfactorios, llegado el momento de ejecutar su rol en la interacción con su familia, se basan en los patrones que les proporciona la cultura patriarcal. Esto permite pensar en una resistencia interna para incorporar el cambio de roles, situación que ha sido descrita en la literatura (Gissi, 1987). A su vez, es posible notar que, aunque exista a nivel cognitivo la percepción de cambio respecto del estereotipo masculino, comportamentalmente no existe evidencia que lo sustente (Vílchez, 1992).

La rigidez de los modelos masculinos al interior de la familia y, por tanto, su influencia temprana en el joven, podría estar explicando en parte la perpetuación de los patrones de comportamiento estereotipados según el género y la falta de herramientas o recursos por parte de los jóvenes para proponer y ejercitar otros esquemas de ejecución de sus roles sexuales (Bandura, 1984; Bem, 1987).

Los jóvenes y el trabajo

Lo primero que llama la atención en las respuestas de los jóvenes es la concepción tradicional que tienen respecto del rol masculino en el área laboral: relacionan directamente a la figura paterna con el trabajo y la mantención económica del hogar, señalando que ésta es una tarea fundamental del hombre. Esta actitud homogénea puede explicar en parte el hecho que fue justamente el área laboral el dominio en el cual todos los jóvenes de la muestra se visualizaron a futuro con mayor precisión y claridad, y en relación a la cual expresaron un gran compromiso personal. Las satisfacciones asociadas a este ámbito se refieren a los logros que esperan alcanzar, tales como la posibilidad de elegir una ocupación que les resulte atractiva y motivante, adquirir una adecuada solvencia económica y desempeñarse de manera competente y exitosa en su trabajo. Estos logros los relacionan con el esfuerzo personal, característica altamente valorada y deseable en este aspecto (Bell, 1987; Coria, 1988; Fromm, 1985).

Los jóvenes concordaron en que la obtención de la estabilidad económica permite cumplir eficientemente con las demandas del rol proveedor; sin embargo, este rol es percibido de manera ambivalente. Por una parte, le otorgan una alta valoración, por la importante relación que establecen entre el sentimiento de realización perso-

nal y los logros que esperan obtener, y, por otra, lo perciben con agobio, debido al alto nivel de exigencias internas y externas del estereotipo sexual respecto del trabajo.

Al analizar la información obtenida por nivel socioeconómico, se aprecia que los jóvenes de nivel medio-alto, aun cuando no presentan preocupaciones o temores explícitos respecto de su futura inserción en el mundo laboral, asignan gran importancia al logro de las expectativas económicas y sociales asociadas al trabajo, incluyendo el peso de esta responsabilidad. En este sentido, se autoimponen un alto nivel de exigencias pero no parecen tener conciencia del esfuerzo que ello les demandará.

Los jóvenes de nivel medio, en cambio, sí manifiestan preocupaciones y temores asociados a su futura vida laboral, especialmente en lo que respecta a su responsabilidad como proveedores económicos, a la falta de tiempo para dedicar a su familia, al sentimiento de agobio por el esfuerzo desplegado en el trabajo, a la potencial rutina, a la carencia de espacio para la recreación y descanso y a la disminución de los momentos de contacto y comunicación familiar. Muchos de estos temores surgen como respuesta a la toma de conciencia del desagrado con que este grupo percibe la vida laboral de sus padres. En este sentido, esta expectativa probablemente está mediada por la percepción que tienen actualmente de sus padres: señalan que para éstos el trabajo implica excesiva dedicación y una constante preocupación por cumplir con el rol de proveedor económico, lo cual redundaría en una falta de espacio para realizar otras actividades con la familia (recreación) y en un estado permanente de cansancio. Una lectura posible es pensar en la presencia de sentimientos de desesperanza respecto del futuro trabajo, dando la impresión que para muchos de ellos su situación futura no será muy distinta a la de sus padres, pese a que manifiestan explícitamente un deseo de cambio y superación.

En el nivel socioeconómico bajo permanece la idea que el trabajo es el aspecto fundamental en la vida del hombre, y que debe cuidarse, para lo cual es muy importante dedicarle mucho tiempo y energía física y psicológica. Para estos jóvenes, el esfuerzo personal en el contexto laboral es una característica altamente valorada, así como lo es el hacerse cargo de las necesidades económicas de la casa. En este grupo aparecen fuertes temores respecto a una potencial condición de cesantía. Frente a esta posibilidad, surgen sentimientos autodepreciatorios, al visualizar que ello les impedirá cumplir eficientemente con su rol proveedor. Este aspecto no sólo se relaciona con las

consecuencias económicas inmediatas de esta condición sino que también se vincula con la valoración que el hombre hace de sí mismo y con la que la sociedad hace de él, en función de sus logros en el área laboral. Como es esperable, este punto contrasta con las expectativas de los jóvenes de nivel medio-alto, quienes probablemente no se imaginan ni tienen el temor de encontrarse en un trabajo que no les asegure solvencia económica y estabilidad.

Todo lo anterior indica que para el conjunto de los jóvenes de la muestra, el ámbito del trabajo está claramente definido y, por tanto, es menos sometido a una evaluación crítica que otros dominios, pese a la presencia de temores. Probablemente esto es así porque no se cuestiona el rol proveedor del hombre sino que, por el contrario, éste constituye el centro donde focalizan su desarrollo y satisfacción. En este sentido, la cultura machista parece haber sido muy eficiente en transmitir el mensaje que el ámbito laboral es por excelencia el espacio de desarrollo del hombre y que es a través del trabajo que éste se siente validado y valorado ante los demás y ante sí mismo. De esta manera, el *status* del hombre se liga mayoritariamente al plano laboral y económico, expresable en la valoración del salario y la posición social alcanzada.

Sin embargo, esta centralidad del trabajo en la vida del hombre lleva asociadas importantes consecuencias físicas, psicológicas y sociales, en torno a las cuales habría que reflexionar con los jóvenes, si se pretende flexibilizar el rol masculino.

Una posible consecuencia de las exigencias masculinas asociadas al trabajo es el freno que a menudo los hombres ponen a su desarrollo afectivo, en pro de la búsqueda del éxito en el plano laboral y económico. Ello se expresa en la dificultad que manifiestan muchos hombres para establecer relaciones afectivas más profundas con otros hombres, con sus hijos y su pareja, principalmente por el poco espacio que tienen para desarrollar dichos encuentros. Estas exigencias pueden llegar a ser en muchos momentos una de las principales fuentes de ansiedad e inestabilidad personal y familiar, situación que con frecuencia es vivida internamente por los varones como encarceladora (aunque no necesariamente de un modo consciente).

Los hombres que comparten los principios de una sociedad patriarcal y se sienten "más" cuando poseen dinero, necesitan constantemente estar reafirmando en el "tener", como la forma principal de mantener su autovaloración. En este contexto, consideran al dinero como un medio para obtener otros fines. Sin embargo -y paradójal-

mente—, consumen la vida en su búsqueda, transformándose, así, en una meta que los separa de otros ámbitos necesarios para tener una salud mental equilibrada. Como sostiene Coria (1988, p. 110), “la carrera del dinero —que inevitablemente se alimenta de tiempo— los enfrenta en un recodo del camino con una paradoja: deseaban dinero para disponer de tiempo y lo que consiguieron fue gastar el tiempo para acopiar dinero”.

Otra consecuencia del rol tradicional es que la alta carga de trabajo, así como las propias exigencias masculinas en torno al tiempo dedicado a esta función, puede manifestarse en estrés y cansancio, lo que en situaciones críticas puede derivar en patologías. Es así como en los hombres se observan las más altas tasas de enfermedades físicas (infartos, problemas musculares y articulatorios, entre otras) y psicosomáticas (por ejemplo, úlceras y gastritis agudas).

Los jóvenes, las mujeres y las relaciones de pareja

La percepción que tienen los jóvenes respecto del rol sexual femenino atribuye a las mujeres características tales como ser sensibles, delicadas, dependientes, necesitar protección y una mayor capacidad de contención y expresión emocional que los varones. Esta conceptualización es coincidente con la percepción tradicional del estereotipo sexual de la mujer, significativamente asociado a los aspectos expresivos, los cuales son valorados negativamente en una cultura que tiene una concepción machista del ser humano (Bem, 1981; Delamont, 1980; Eisler, 1990; Gissi, 1987).

Los cambios que ha experimentado el rol femenino durante las últimas décadas son percibidos con claridad por los jóvenes de la muestra solamente en el ámbito laboral, no haciendo especial referencia a otras esferas de acción de la mujer: vida familiar, autonomía económica, participación social, entre otras. Estos otros cambios, dado que conllevan una readecuación de los roles de género tradicionales, aparecen como amenazantes para un grupo importante de jóvenes, quienes sostienen que existe incompatibilidad entre el trabajo fuera del hogar y el rol materno.

Con respecto a su comportamiento con las mujeres, todos los participantes del estudio reconocen no actuar espontáneamente frente a sus pares del sexo opuesto sino que intentan desplegar comportamientos que faciliten la aceptación y estima por parte de ellas. Este esfuerzo por cuidar una imagen, intentando desempeñar un papel de acuerdo a lo que ellos piensan que a ellas les

resulta más interesante y agradable, concuerda con los postulados referidos a la manifestación del rol de género propuestos por Deaux & Mayor (1987). Estas autoras señalan que las expectativas que cada persona posee sobre las consecuencias de sus conductas o de lo que se espera que realice, tienden a determinar el comportamiento final del rol.

Este estilo de aproximación de los jóvenes a las mujeres da cuenta, además, de otras características que son propias de la masculinidad tradicional. Por una parte, se aprecia un acercamiento mediatizado por la razón, es decir, existe un planteamiento respecto a la forma más adecuada para lograr un contacto con la mujer (Seidler, 1989), manifestándose, de esta manera, una planificada elaboración que se sustenta en una gran necesidad de agradar. Por otro lado, este acercamiento se realiza jugando a ganador, esto es, buscando alcanzar una meta a pasos seguros, como si la posibilidad de hacerlo mal o mostrarse de una manera no adecuada lo dejara en riesgo de ser rechazado, lo cual parece ser, también, un motor importante para evitar sentimientos tales como el abandono, la pena y la tristeza. Esto es especialmente claro en los jóvenes del grupo de nivel medio-alto.

En lo que dice relación con el área de la sexualidad, se aprecia en los jóvenes una gran dificultad para comentar en situación de grupo sus vivencias personales. Este tema genera un ambiente de risas, exageraciones y autoelogios, evidenciándose por parte de los jóvenes una necesidad de evitar las expresiones de emocionalidad. Dado que a estas últimas se las considera características femeninas, la homofobia, o el propio temor de poseer estas características, es proyectada al ambiente de pares buscando delimitar claramente ante los demás que se es hombre, reafirmando ante sí mismo (Gissi, 1987; Seidler, 1989). De acuerdo a Vílchez (1992), esta modalidad de comportamiento observado frente a la temática de la sexualidad es asumida con mucha frecuencia cuando los hombres se reúnen en grupos formales o informales.

Es así como el lenguaje sexual masculino se refiere fundamentalmente al desempeño y la conquista, transformando a la sexualidad en una forma de probar la masculinidad, que se orienta a los logros —éxito en la seducción, tener varias mujeres o experiencias diversas—, es decir, a la “cantidad” y no a los procesos (Coria, 1988; Olivier, 1987; Seidler, 1989). En este mismo sentido, Gissi (1987) señala que el hombre espera demostrar su *status* dominante, su competencia y experticie en el área de las relaciones sexuales y

su orientación activa, tanto en la aproximación o abordaje de las mujeres como en la iniciativa sexual, depositando una parte importante de su autoimagen y estima personal en el éxito esperado en esta área.

La sexualidad, entonces, no aparece necesariamente vinculada al amor, visualizándose una cierta tendencia a dicotomizarlo. Esto concuerda con los planteamientos de Olivier (1987), quien señala que existe una permanente búsqueda de placer, con ausencia de compromiso afectivo, la cual se asentaría en la angustia que le provoca al varón la sensación de dependencia, que asocia a la entrega de sí mismo, y en la dificultad para verbalizar sus emociones.

Destaca, además, el hecho que los jóvenes de la muestra consideren que el establecimiento de los límites en el área del contacto sexual es de responsabilidad casi exclusiva de la mujer, por lo que de ella dependería evitar posibles embarazos. Asimismo, no existe una conciencia clara de las consecuencias derivadas de las relaciones sexuales, todo lo cual indudablemente está mediando los altos índices de embarazo precoz en adolescentes.

En relación a las expectativas de pareja a futuro, la mayoría de los jóvenes concibe el matrimonio de manera ambivalente. Por una parte, esperan que sea una fuente importante de satisfacciones, ya que constituye la base de la familia y, por otra, lo perciben como una restricción significativa de los espacios de libertad y recreación personal.

Según los jóvenes, el éxito o fracaso de la vida conyugal en el matrimonio se funda en la correcta elección de pareja. Esto refleja una percepción más bien estática de la relación matrimonial, en la que el desarrollo o proceso de la pareja es poco considerado, privilegiándose principalmente los atributos del otro (en este caso, de la mujer). De esta manera, la pareja no se visualiza como un sistema interactivo dinámico, donde se construye la relación, pudiendo señalarse que casi todo se determina en el momento de la elección. Esto también desplaza la responsabilidad personal en la coconstrucción de la vida de pareja, atribuyendo su potencial deterioro o fracaso a factores más bien externos e incontrolables (Seligman en Gissi, 1987). En este sentido, la satisfacción matrimonial dependería casi exclusivamente de la elección de pareja, no otorgando la debida importancia al desarrollo de recursos para abordar de manera flexible eventuales conflictos en la vida de pareja y negociar adecuadamente los puntos donde no existen convergencias. Si a esto se agrega la sobrevaloración del trabajo por parte de

los hombres, la dedicación, por lo tanto, de mayor tiempo al ámbito laboral y el consecuente menor espacio para la vida familiar, las posibilidades reales para dialogar y compartir en pareja son menores.

Los jóvenes y el uso del tiempo

Las actividades identificadas por los jóvenes como más satisfactorias fueron, en orden decreciente, ver televisión, comer, dormir, hacer deporte, salir y "estar" con los amigos.

Llama la atención la gran cantidad de horas que los jóvenes de todos los niveles socioeconómicos dedican a ver televisión. Esta situación generalizada refleja, a nuestro juicio, una falta de capacidad crítica para realizar esta actividad. Además, el hecho resulta preocupante, por el carácter poco formador que tienen los programas para la vida de los adolescentes y por la transmisión de modelos de roles sexuales tradicionales rigidizados (Baeza, 1984; Fuenzalida, 1980).

Las actividades mencionadas en segundo y tercer lugar —comer y dormir (especialmente siesta)—, al igual que ver televisión, son eminentemente pasivas, de corte hedonista, que se manifiestan como objetos de consumo inmediato y que están exentas de interacción social y crecimiento personal (Fromm, 1985). Estas características expresan un importante déficit en las capacidades propositivas y activas de los jóvenes en la búsqueda de eventos satisfactorios, así como, también, una falta de creatividad.

La práctica deportiva —mencionada en cuarto lugar— aparece como un evento que produce gran satisfacción en los jóvenes de todos los grupos socioeconómicos, permitiéndoles canalizar muchas energías y tiempo psicológico. Si bien se trata de una actividad en la que juegan un rol central la interacción y el contacto con los pares, la caracterización que los muchachos hacen de ella enfatiza la competitividad que depositan en la expresión física y la búsqueda de afirmación de la masculinidad en el logro de *status*, más que el placer de recreación interpersonal en la experiencia con otros (Ruitenbeek, 1970).

Con respecto a la última actividad identificada como muy satisfactoria —salir y "estar" con los amigos—, destaca el hecho que las instancias de diálogo e intimidad personal son más bien reducidas, siendo prioritarios los temas relativos a las mujeres, la sexualidad y los deportes. Este "estar" no se asocia a un deseo de desarrollar la intimidad ni compartir el mundo afectivo en las experiencias de encuentro. En el grupo de nivel medio se pudo apreciar un mayor disfrute y bús-

queda de encuentro con los amigos que en los otros grupos.

A medida que disminuye el nivel socioeconómico de los jóvenes de la muestra, las actividades organizadas en grupos se remiten más a su entorno directo (el barrio y la calle, por ejemplo), siendo el grupo medio-alto el que menos realiza actividades de esta naturaleza y de tipo comunitario en general en su contexto social inmediato.

En relación a este último aspecto, destaca el hecho que los jóvenes de niveles socioeconómicos bajo y medio-alto no participan ni manifiestan interés —en el presente ni al visualizarse a futuro— en actividades que impliquen compromiso y acción social (instituciones, grupos, etc.), situación que sí se evidencia en el grupo de nivel medio, el cual demostró tener un mayor rango de intereses en general.

En contraste con la escasa diversidad de actividades que los jóvenes señalan como motivantes, resalta la gran cantidad de instancias que les resultan insatisfactorias. Los adolescentes describen como tales todas aquellas actividades que se identifican con lo "rutinario", "monótono", "poco novedoso" y la "ausencia de panoramas interesantes". Todos los grupos reportan insatisfacción frente a la experiencia de la "lata" o aburrimiento que les generan múltiples aspectos de la vida cotidiana, así como muchas personas que los rodean. Entre estas experiencias insatisfactorias resaltan las exigencias escolares, las que son vivenciadas de manera poco motivante, sin un sentido claro y centradas fundamentalmente en las normatividad.

A la base de esta vivencia de no encontrar eventos realmente satisfactorios, se aprecia un deseo de participar en actividades impresionantes de alta carga emocional, asociadas a un placer que los involucre completamente. Con frecuencia esperan que este deseo sea satisfecho por eventos externos (generalmente no se piensa en personas), tales como fiestas y salidas, entre otros. En esta modalidad de esperar y vivir la satisfacción se excluye el reconocimiento de los aspectos personales y cotidianos satisfactorios, así como la dimensión gozosa de la interacción social.

Sin embargo, un tipo de actividad que parece revertir la situación descrita lo constituye la participación de manera comprometida en grupos organizados extraescolares con objetivos determinados (por ejemplo, grupos de scouts). Estas actividades parecen tener un carácter formativo y recreativo, a la vez que estimulan a los jóvenes a interesarse en una mayor diversidad de áreas.

En cuanto a las expectativas que los jóvenes tienen a futuro sobre el uso de su tiempo, si bien las actividades satisfactorias no varían significativamente respecto de las actuales, el tiempo dedicado a éstas disminuye, debido a las exigencias y centralidad que atribuyen a su participación en el ámbito laboral. Para los jóvenes de todos los grupos el aburrimiento es una de las sensaciones más temidas a futuro, dando cuenta de la preeminencia que éste tiene en sus vidas actuales.

En relación al tiempo libre, es posible plantear que para los jóvenes de la muestra los períodos de descanso del hombre adulto (incluyendo las vacaciones) son para recuperar y revitalizar las energías entregadas en el trabajo, con el fin de cumplir adecuadamente sus funciones en la sociedad. De esta manera, el tiempo libre es entendido como un descanso para desempeñarse eficientemente en el trabajo y no como un fin en sí mismo. A menudo el descanso es interpretado como otra forma de actividad, que se diferencia del trabajo, que no se paga y que no tiene una utilidad visible. De acuerdo a Ruitenbeek (1970), en la medida en que el tiempo libre se organiza en torno a actividades específicas, como los deportes, *hobbies* y otras entretenimientos, el descanso y la espontaneidad se ven afectadas por la masculinización de estas actividades. La búsqueda de *status*, la competitividad y el éxito impregnan el sentido del goce lúdico de la diversión, disminuyendo el descanso y aumentando la ansiedad. El deporte, una de las actividades satisfactorias para los jóvenes, es un ejemplo de esta búsqueda. La percepción de las actividades deportivas, como fundamentalmente competitivas más que entretenidas, manifiestan el carácter masculinizante de éstas. En la participación activa existe una preocupación especial por los resultados, el desempeño personal y la participación de su cuerpo en el deporte, la calidad de los implementos necesarios, los triunfos y fracasos, así como la distinción de la identidad en base a un equipo o club, más que por las personas con las cuales se interactúa y la satisfacción experimentada con ellas.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

FINALES

Un primer aspecto a ser considerado guarda relación con el planteamiento ya enunciado en la introducción, referente a que pueden existir muchas y muy variadas formas de ser hombre.

Para los adolescentes coexisten en la actualidad diferentes fuerzas que tienen un importante

impacto en el desarrollo de su identidad sexual. Por una parte, se puede apreciar que, si bien en esta etapa ya se han asimilado al concepto de masculinidad elementos significativos de la cultura machista, también se aprecia una actitud crítica frente a este modelo. Si lo que se pretende es lograr una mayor flexibilización del rol sexual masculino, será necesario cuestionar los estereotipos sexuales, abriendo para los jóvenes, de esta manera, un abanico de opciones que les permitan un mayor enriquecimiento y una mayor actualización de sus potencialidades.

En el plano personal aparece importante que los jóvenes se conecten afectivamente con su propia experiencia, evitando el discurso exclusivamente cognitivo que tiende a aliarse con la razón, sin generar una resonancia psicológica significativa. Así, no es relevante que busquen la "verdad del ser varón" sino que se abran al mundo de los afectos, emocionándose, recogiendo los mensajes del cuerpo y de sus vivencias. Es importante que puedan sobreponerse al miedo de contactarse con sus emociones y romper el mito que emoción es igual a descontrol.

A nivel contextual, es indispensable considerar siempre el nivel socioeconómico y grupo subcultural (con todas sus particularidades a nivel familiar, educacional, social, etc.) al cual pertenecen los jóvenes. Ello implica evaluar las condiciones específicas en las cuales se expresa su masculinidad, pudiendo, a la vez, predecir la factibilidad de las intervenciones dirigidas al cambio.

Los cambios en la masculinidad pasan por cambios en la organización de las interacciones sociales y las nuevas realidades consensuales que se establezcan en las relaciones de los géneros. Esto fundamenta la necesidad de trabajar sistémicamente con los adolescentes y de incorporar a padres y profesores en el diseño de las estrategias de intervención y, a mayor escala, al sistema escolar y social. Las intervenciones que no consideran los contextos de los adolescentes pueden llevar a la disfuncionalidad, llegando, incluso, a ser iatrogénicos.

Sin embargo, y aun cuando se consideren tanto factores individuales como contextuales en la elaboración de intervenciones orientadas al cambio, no puede ignorarse que éstas requieren mucho tiempo para ser fructíferas, aun cuando se focalicen en temáticas específicas, puesto que no todas las fuerzas que rodean a los jóvenes apuntan sinérgicamente a los mismos objetivos de crecimiento (por ejemplo, se requerirá bastante tiempo antes de contar con un apoyo efectivo de los medios de comunicación social). Esto implica

realismo y humildad en las propuestas de intervención, evitando deseos exististas de cambiar a los hombres.

Por último, hay que destacar que los cambios en los hombres en general, y en los adolescentes en particular, pasan también por la apertura de las mujeres a éstos y de la aceptación y apoyo que puedan brindar a este proceso. Es necesario que puedan confiar y creer en las potencialidades de los hombres, legitimando rasgos que conductualmente pueden estar ausentes. Las resistencias no sólo se dan en los hombres; con frecuencia nos encontramos con mujeres que esperan que los varones sean más empáticos, cariñosos en sus expresiones de amor, más modulados en su rabia y aceptadores de su inclusión en el dominio público, pero que, al mismo tiempo, esperan que ellos sigan cumpliendo rigurosamente con el rol proveedor, lo que les deja poco espacio para participar en las actividades del hogar y en la crianza y cuidado de los hijos.

BIBLIOGRAFIA

- Alliende, F., Condemarin, M. & Milicic, N. (1987). *Prueba CLP: formas paralelas*. Santiago: Ediciones Universidad Católica.
- Baeza, J. (1984). *Uso del tiempo libre del estudiante de enseñanza media del Gran Santiago, según estrato social*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Sociología. Santiago: Universidad de Chile.
- Bandura, A. (1984). *Teoría del aprendizaje social*. Madrid: Espasa Calpe.
- Bell, D. (1987). *Ser Varón*. Barcelona: Tusquets.
- Bem, S. (1974). The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, 155-162.
- Bem, S. (1981). Gender schema theory: a cognitive account of sex typing. *Psychological Review*, 88, 354-364.
- Bem, S. (1987). Probing the promise of androgyny. En M. Walsh (Ed.), *The Psychology of Woman* (pp. 206-225). New York: Yale University Press.
- Coria, C. (1988). *El sexo oculto del dinero. Formas de la dependencia femenina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Covarrubias, P., Muñoz, M. & Reyes, C. (1989). El hombre: visión de sí mismo en la familia. *Estudios Sociales*, 59. Santiago: C.P.U.
- Deaux, K. & Mayor, B. (1987). Putting gender into context: An interactive model of gender-related behavior. *Psychological Review*, 94, 369-389.
- Delamont, S. (1980). *Sex roles and the school*. London: Methuen & Co. Ltd.
- Eisler, R. (1990). *El cáliz y la espada*. Santiago: Cuatro Vientos.
- Fromm, E. (1985). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fuenzalida, V. (1980). La T.V. chilena ante la década del 80. *Estudios Sociales*, Santiago: C.P.U.
- Gilligan, C. (1982). *In a different voice*. Massachusetts: Harvard University Press.

- Gissi, J. (1987). *Identidad latinoamericana: psicología y sociedad*. Santiago: Psicoamérica.
- González, R., Lizana, P. & Reinoso, A. (1992). *Percepción, valoración y expectativas del rol sexual masculino en una muestra de adolescentes varones: un estudio cualitativo*. Tesis para optar al título de psicólogo. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Miller, J. (1978). *Hacia una nueva psicología de la mujer*. Barcelona: Argos Vergara.
- Moreno, M. (1986). *Cómo se enseña a ser niña: el sexismo en la escuela*. Barcelona: Icaria.
- Olivier, C. (1987). *Los hijos de Yocasta. La huella de la madre*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Parsons, T. & Bales, R. (1955). *Family socialization and interaction process*. Illinois: Free Press.
- Pleck, J. (1976). The male sex role: definitions, problems, and sources of change. *Journal of Social Issues*, 32, 155-164.
- Ruitenbeek, H. (1970). *El mito del machismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Seidler, V. (1989). *Rediscovering masculinity*. London: Routledge.
- Vílchez, J. (1992). Desde el corazón: el camino de los grupos de varones. *Revista del Colegio Oficial de Psicólogos del País Valencia, España*.